

## EL PROCESO DE LA DESTRUCCION CREADORA

Las teorías de la competencia monopolista y oligopolista y sus variantes populares pueden ponerse de dos maneras al servicio de la concepción según la cual la realidad capitalista no es favorable para la obtención de un rendimiento máximo de producción. Puede sostenerse que siempre ha sido así y que en todos los tiempos la producción se ha expandido a pesar del sabotaje secular perpetrado por la burguesía dirigente. Los defensores de esta proposición deberían aportar la prueba de que el tipo de aumento observado puede explicarse por una serie de circunstancias favorables independientemente del mecanismo de la empresa privada y que son suficientemente fuertes para vencer la resistencia de esta última. Esta es precisamente la cuestión que hemos de discutir en el capítulo IX. Sin embargo, los que defienden esta variante tienen, al menos, la ventaja de evitar las dificultades de orden histórico con las que tienen que enfrentarse los defensores de la proposición alternativa, que afirma que la realidad capitalista tendió en otro tiempo a favorecer el rendimiento máximo de la producción o, en todo caso, un rendimiento lo bastante considerable para constituir un elemento fundamental para una seria apreciación del sistema, no obstante lo cual el desarrollo posterior de las formas monopolistas, al matar la competencia, ha invertido ahora esa tendencia.

En primer lugar, esta tesis implica la creación de una edad de oro de la competencia perfecta, completamente imaginaria, que en algún momento dado se ha metamorfoseado de alguna manera en la edad monopolista, prescindiendo del hecho completamente evidente de que la competencia perfecta no ha sido nunca más realidad de lo que es en la actualidad. En segundo lugar, es necesario señalar que el tipo de aumento de la producción no ha decrecido desde el noveno decenio del siglo pasado, a partir del cual supongo yo que habría que fechar el predominio de los grandes *concerns*, al menos en la industria manufacturera; que no hay nada en el comportamiento de las series temporales de la producción total que sugiera una "ruptura de la tendencia" y, lo más importante de todo, que el nivel moderno de vida de las masas ha mejorado durante el período de la "gran empresa" relati-

vamente libre de trabas. Si pasamos revista a las partidas que entran en el presupuesto del obrero moderno y observamos la evolución de sus precios a partir de 1899 no en términos de dinero, sino en términos de las horas de trabajo necesarias para comprarlas —esto es, los precios monetarios de cada año divididos por los tipos de salario por hora de cada año—, no puede dejar de sorprendernos el tipo de adelanto que, teniendo en cuenta la espectacular mejora en las calidades, parece haber sido más rápida que nunca hasta ahora. Si nosotros los economistas fuésemos menos dados al deseo de pensar y nos inclinásemos más a la observación de los hechos, nos surgiría inmediatamente la duda en cuanto a los méritos reales de una teoría que nos habría llevado a esperar un resultado muy diferente. Pero esto no es todo. En cuanto entramos en detalles y tomamos en consideración cada uno de los artículos en que el progreso ha sido más manifiesto esta pista nos conduce no a las puertas de las empresas que trabajan en condiciones de competencia relativamente libre, sino precisamente a las puertas de los grandes *concerns* —que, como en el caso del maquinismo agrícola, han contribuido también al progreso del sector de competencia— y se nos trasluce una enorme sospecha, esto es, la de que la gran empresa ha contribuido a la creación de ese nivel de vida más bien que a su contracción.

Las conclusiones indicadas al final del capítulo anterior son, en realidad, casi completamente falsas. No obstante, están deducidas de observaciones y teoremas que son casi completamente verdaderos.<sup>1</sup> Tanto los economistas como los escritores populares se han guiado por algunos fragmentos de la realidad que habían conseguido aprehender. Estos fragmentos mismos estaban vistos correctamente en la mayoría de los casos. Sus propiedades formales estaban también reconocidas correctamente en casi todos los casos. Pero de tales análisis fragmentarios no se deduce ninguna conclusión válida acerca de la realidad capitalista en su conjunto. Si, a pesar de eso, las deducimos, solamente por casualidad pueden ser exactas. Esto es lo que se ha hecho. Pero la casualidad afortunada no ha tenido lugar.

<sup>1</sup> En realidad, estas observaciones y teoremas no son completamente satisfactorios. Las exposiciones usuales de la teoría de la competencia imperfecta, especialmente, no prestan la atención debida a los muchos e importantes casos en que los resultados de la competencia imperfecta, incluso en el plano de una teoría estática, se aproximan a los de la competencia perfecta. Hay otros casos en los que no se aproximan, pero ofrecen la compensación de que, aunque no entran en ningún índice de producción, contribuyen, no obstante, a los elementos que los índices de producción tratan en última instancia de medir, a saber: los casos en que una empresa defiende su mercado haciéndose, por ejemplo, una reputación de calidad y servicio a la clientela. Sin embargo, para simplificar la cuestión no entraremos en disputa con esta teoría, colocándonos en su propio terreno.

El punto esencial que hay que tener en cuenta consiste en que, al tratar del capitalismo, nos enfrentamos con un proceso evolutivo. Puede parecer extraño que alguien pueda desconocer un hecho tan obvio y que, además, fue hace bastante tiempo destacado por Karl Marx. No obstante, lo deja a un lado persistentemente aquel análisis fragmentario que nos ha proporcionado la mayor parte de nuestras tesis relativas al funcionamiento del capitalismo moderno. Conviene, pues, volver a describir este punto y ver qué significación tiene para nuestro problema.

El capitalismo es, por naturaleza, una forma o método de transformación económica y no solamente no es jamás estacionario, sino que no puede serlo nunca. Ahora bien: este carácter evolutivo del proceso capitalista no se debe simplemente al hecho de que la vida económica transcurre en un medio social y natural que se transforma incesantemente y que, a causa de su transformación, altera los datos de la acción económica; este hecho es importante y estas transformaciones (guerras, revoluciones, etc.) condicionan a menudo el cambio industrial, pero no constituyen su móvil primordial. Tampoco se debe este carácter evolutivo al crecimiento casi automático de la población y el capital ni a las veleidades del sistema monetario, de todo lo cual puede decirse exactamente lo mismo que de las transformaciones del proceso capitalista. El impulso fundamental que pone y mantiene en movimiento a la máquina capitalista procede de los nuevos bienes de consumo, de los nuevos métodos de producción y transporte, de los nuevos mercados, de las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista.

Como hemos visto en el capítulo anterior, el contenido del presupuesto del obrero, pongamos de 1760 a 1940, no aumentó simplemente en una dirección inalterada, sino que experimentó un proceso de transformación cualitativa. De un modo semejante la historia del aparato de producción de una explotación agrícola típica, desde el comienzo de la racionalización de la rotación de los cultivos, de los métodos de los mismos y de la cría de ganado hasta la agricultura mecanizada de nuestros días —juntamente con los silos y los ferrocarriles—, es una historia de revoluciones, como lo es la historia del aparato de producción de la industria del hierro y acero, desde el horno de carbón vegetal hasta el tipo actual de alto horno, y la historia del aparato de producción de energía, desde la rueda hidráulica hasta la turbina, y la historia del transporte, desde la silla de postas hasta el aeroplano. La apertura de nuevos mercados, extranjeros o nacionales, y el desarrollo de la organización de la producción, desde el taller de artesanía y la manufactura hasta los *concerns*, tales como los del acero de los Estados Unidos (U. S. Steel), ilustran el mismo

proceso de mutación industrial —si se me permite usar esta expresión biológica— que revoluciona incesantemente<sup>2</sup> la estructura económica *desde dentro*, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de *destrucción creadora* constituye el dato de hecho esencial del capitalismo. En ella consiste en definitiva el capitalismo y toda empresa capitalista tiene que amoldarse a ella para vivir. Ahora bien: este hecho afecta de dos maneras a nuestro problema.

En primer lugar, como nos estamos ocupando de un proceso en el que cada elemento tarda un tiempo considerable en revelar sus verdaderos rasgos y sus efectos definitivos, no tiene sentido tratar de apreciar el rendimiento de este proceso, *ex visu*, de un momento dado; su rendimiento tenemos que apreciarlo a través de un período mayor de tiempo, tal como se despliega en décadas o centurias. Un sistema —no sólo económico, sino también todo otro sistema— que en *cada* momento dado utiliza plenamente sus posibilidades con la máxima ventaja, puede, no obstante, ser a la larga inferior a un sistema que no alcanza en *ningún momento* dado este resultado, porque el fracaso del último en este respecto puede ser una condición precisa para el nivel o el ímpetu de la prestación a largo plazo.

En segundo lugar, como estamos tratando de un proceso orgánico, el análisis del funcionamiento de un elemento específico del organismo —por ejemplo, de un *concern* o industria singular— puede, en realidad, aclarar detalles del mecanismo, pero no puede conducir a conclusiones más generales. Cada fragmento de la estrategia económica sólo adquiere su verdadero significado poniéndolo en relación con este proceso y dentro de la situación creada por él. El papel que desempeña hay que verlo dentro del vendaval perenne de la destrucción creadora; no puede ser comprendido independientemente de él ni sobre la base de la hipótesis de una calma perenne.

Sin embargo, ésta es precisamente la hipótesis que adoptan los economistas que, *ex visu* de un momento, consideran, por ejemplo, el comportamiento de una industria oligopolista —una industria que consta de unas pocas grandes empresas— y observan en ellas los móviles y contramóviles habituales, que no parecen aspirar más que a elevar los precios, restringiendo la producción. Estos economistas aceptan los datos de una situación momentánea como si no estuviese ligada al pasado ni al futuro y creen haber comprendido lo que tendrían que comprender interpretando el comportamiento de esas empresas me-

<sup>2</sup> Estas revoluciones no son incesantes en un sentido estricto; tienen lugar en acometidas discontinuas, separadas unas de otras por lapsos de relativa calma. Sin embargo, el proceso en su conjunto actúa incesantemente en el sentido de que hay siempre o una revolución o bien una absorción de los resultados de una revolución, formando ambas cosas los llamados ciclos económicos.

diente la explicación del principio del lucro máximo aplicado a aquellos datos. Las disertaciones usuales de los teóricos y los informes corrientes de las comisiones gubernamentales no tratan prácticamente nunca de ver este comportamiento; de una parte, como resultado de un fragmento de historia pasada, y de otra parte, como intento de adaptarse a una situación que está abocada a cambiar dentro de poco, como un intento de estas empresas para mantenerse en equilibrio sobre un terreno que se escapa de debajo de sus pies. En otras palabras: el problema que usualmente se toma en consideración es el de cómo administrar el capitalismo las estructuras existentes, siendo así que el problema relevante es el de descubrir cómo las crea y cómo las destruye. Mientras no tenga conciencia de esto el investigador realiza una labor que carece de sentido; pero en cuanto lo reconozca, su visión de la práctica capitalista y sus consecuencias sociales se modificarán considerablemente.<sup>3</sup>

Lo primero que hay que echar por la borda es la concepción tradicional del *modus operandi* de la competencia. Los economistas comienzan por fin a salir de la etapa en la que no veían otra cosa que la competencia de los precios. Tan pronto como la competencia de las calidades y el esfuerzo por vender son admitidos en el recinto sagrado de la teoría, la variable del precio es expulsada de su posición dominante. Sin embargo, lo que prácticamente monopoliza la atención del teórico sigue siendo la competencia dentro de un molde rígido de condiciones, especialmente de métodos de producción y formas de organización industrial, que no sufren variación. Pero en la realidad capitalista (en contraposición a la imagen que dan de ella los libros de texto) no es esta especie de competencia la que cuenta, sino la que lleva consigo la aparición de artículos nuevos, de una técnica nueva, de fuentes de abastecimiento nuevas, de un tipo nuevo de organización (la unidad de dirección en gran escala, por ejemplo), es decir, la competencia que da lugar a una superioridad decisiva en el costo o en la calidad y que ataca no ya a los márgenes de los beneficios y de la producción de las empresas existentes, sino a sus cimientos y su misma existencia. Esta especie de competencia es tanto más efectiva que la de los precios cuanto lo es un bombardeo con relación a forzar una puerta, y tanto más importante cuanto que se hace relativamente indiferente que la competencia, en el sentido ordinario, funcione más o

<sup>3</sup> Debe entenderse que esta modificación de la perspectiva afecta, solamente, a nuestra apreciación del rendimiento económico y no a nuestro juicio moral. Gracias a su autonomía, la aprobación o desaprobación morales son enteramente independientes de nuestra apreciación de los resultados sociales (u otros cualesquiera), a menos que adoptemos un sistema moral, tal como el utilitarismo, que hace depender *ex definitione* de tales resultados la aprobación o la desaprobación morales.

menos rápidamente; la poderosa palanca que a la larga expansiona la producción y rebaja los precios está hecha en todo caso de otra materia.

Apenas es necesario mencionar que la competencia de la especie que ahora tenemos en la mente opera no sólo cuando se actualiza, sino también cuando no es más que una amenaza omnipresente, e incluso antes de atacar ejerce ya su presión disciplinante. El hombre de negocios se siente colocado en una situación de competencia, aun cuando esté solo en su ramo o aun cuando, a pesar de no estar solo, ocupe una posición tal que ningún investigador oficial podrá descubrir una competencia efectiva entre él y cualesquiera otras personas del mismo ramo o de ramos afines, y tendrá que llegar, por consiguiente, a la conclusión de que las preocupaciones por la competencia que ha formulado son una fantasmagoría. En muchos casos, aunque no en todos, esta presión forzará a la larga a un comportamiento muy semejante al que determinaría un sistema de competencia perfecta.

Muchos teóricos adoptan el punto de vista opuesto, que como mejor se expone es mediante un ejemplo. Supongamos que hay un cierto número de comerciantes minoristas vecinos que tratan de mejorar su posición relativa, esforzándose por servir bien y por crearse un ambiente favorable; pero evitan la competencia de precios, ateniéndose, en cuanto a los métodos, a la tradición local, es decir, un cuadro, en suma, de estancamiento rutinario. A medida que se establezcan otros nuevos minoristas se destruye un cuasi equilibrio, pero en unas condiciones que no benefician a sus clientes. Al estrecharse el espacio económico que queda alrededor de cada una de las tiendas sus propietarios no podrán seguir ganándose la vida y tratarán de remediar su situación elevando los precios mediante un acuerdo tácito. Esto reducirá aún más sus ventas y crearán así, mediante esta reducción progresiva, una situación en la que el aumento de cierta potencia irá acompañado de precios en alza (en vez de en baja) y de ventas decrecientes (en vez de ventas en aumento).

Tales casos ocurren efectivamente y es correcto y útil analizarlos. Pero, como muestran los ejemplos prácticos que usualmente se invocan, son casos-límite que hay que buscarlos principalmente en los sectores más apartados de todo lo que es más característico de la actividad capitalista.<sup>4</sup> Además, son transitorios por naturaleza.

<sup>4</sup> Este carácter de caso-límite se pone también de manifiesto en un teorema que encontramos enumerado con frecuencia en las exposiciones de la teoría de la competencia imperfecta, a saber: el teorema de que las empresas industriales o comerciales que trabajan en condiciones de competencia imperfecta tienden a ser irracionalmente pequeñas. Como al mismo tiempo se sostiene que la competencia imperfecta es una característica predominante de la industria moderna, tenemos que preguntarnos maravillados en qué mundo viven estos teóricos, a no ser que, como se decía más arriba, no piensen más que en casos-límite.

En el caso del comercio al por menor la competencia de que se trata surge no de las tiendas adicionales del mismo porte, sino de los grandes almacenes, del comercio en cadena, del comercio por correspondencia y del supermercado, que han de destruir esas pirámides más temprano o más tarde.<sup>5</sup> Ahora bien: una construcción teórica que descuida este elemento esencial del caso pierde de vista todo lo que hay más típicamente capitalista en él; aun cuando fuera correcta, tanto lógicamente como con arreglo a los hechos sería como un *Hamlet* sin el príncipe danés.

<sup>5</sup> La mera amenaza de tal ofensiva innovadora no puede ejercer su influencia disciplinadora sobre los precios en las condiciones personales y ambientales especiales en que se desenvuelven los pequeños comerciantes al por menor, porque el minorista modesto está demasiado atado por su estructura de costos excesivos, y, por bien que pueda dirigir su negocio dentro de sus limitaciones intraspasables, no puede adaptarse nunca a los métodos de los competidores que tienen medios para vender a los precios a que él compra.